



EL CINE NECESITA A EUROPA, EUROPA NECESITA AL CINE

«Ningún arte atraviesa, como el cine, directamente nuestra conciencia diurna para tocar nuestros sentimientos, en el fondo de la cámara crepuscular de nuestra alma.»

Desde hace más de 130 años, esa cámara crepuscular que evocaba Bergman cobra vida con la existencia de otros, con sus pensamientos, sus luchas, sus voces y sus miradas.

Al principio, hay un deseo. A través de múltiples encuentros, ese deseo se convierte en una película: escrita por guionistas, desarrollada por productores, dirigida por un realizador o realizadora, iluminada por un director de fotografía, encarnada por actores y actrices, fabricada por un equipo técnico, financiada por fondos, distribuida por vendedores internacionales y distribuidores, proyectada en salas y festivales, después en televisión y en línea, debatida por la crítica y acogida por el público.

El cine es un arte colectivo, pero también es una industria que crea empleo e innovación tecnológica.

Cada película es un prototipo, una obra única. Imposible reproducirla en serie, siguiendo una receta idéntica y probada, ni obtener economías de escala en su financiación, su producción o su distribución.

Es la doble naturaleza del cine, cultural e industrial, lo que justifica que sea a la vez respaldado por una política pública comprometida y por operadores privados.

La propia Europa se construyó primero con historias: el «continente de las ideas, no de los ejércitos» de Stefan Zweig. El cine dio cuerpo a esa Europa soñada: La olce vita, Las alas del deseo o El fabuloso destino de Amélie Poulain convirtieron Roma, Berlín y París en lugares familiares, en referencias comunes. Y obras como Anatomía de una caída, Sirat o Los años nuevos, éxitos internacionales impulsados por cineastas europeos, tejen lazos más allá de las lenguas y las fronteras.

En Europa, la opción política de apoyo al cine —ya sea checo, italiano, sueco, portugués o belga— es el Programa MEDIA. Del mismo modo que la Unión Europea no es una simple suma de países, sino un proyecto único, la idea de MEDIA es hacer nacer voces singulares y diversas dentro de una casa común.

Desde hace 35 años, MEDIA apoya la creación de relatos europeos: desde la escritura del guion hasta la distribución y la exhibición de la película en salas y en línea, pasando por la producción por parte de productores independientes, los festivales y la formación de profesionales.

EL CINE NECESITA A EUROPA, EUROPA NECESITA AL CINE

MEDIA ha acompañado una inmensa diversidad de proyectos, procedentes de todos los países. Complementario con las normativas de la Unión y de los Estados miembros, ha reforzado la industria del cine frente a los gigantes extraeuropeos, permitiéndole adaptarse, resistir la uniformización de las obras y hacer emerger un ecosistema dinámico y generador de empleo.

MEDIA es una gota de agua en el océano de las ayudas europeas, representando el 0,2% del presupuesto de la Unión, mientras que la Política Agrícola Común capta por sí sola el 32%.

Sin embargo, MEDIA es un éxito extraordinario, cuya aportación a la creación europea resulta inestimable.

Gracias a MEDIA, las obras que hicieron crecer a cineastas como Ruben Östlund o Justine Triet han viajado por todo el mundo.

Gracias a MEDIA, Europa se lleva un Óscar casi cada año: tras Flow, película de animación de Gints Zilbalodis, Sentimental Value de Joachim Trier y Mr. Nobody Against Putin de David Borenstein y Pavel Talankin se distinguieron en 2026.

Gracias a MEDIA, las voces de autores exiliados o reprimidos en sus países, como Jafar Panahi o Mohamed Rasoulof, han encontrado un espacio de libertad para expresarse y llegar a un amplio público.

Gracias a MEDIA, nuestros cines de barrio pueden seguir existiendo y programando obras audaces y abiertas al mundo entero.

Sin MEDIA, todos y cada uno de nosotros seríamos un poco menos europeos.

El realizador griego Costa-Gavras tiene razón: «no se puede cambiar la visión política de las personas con una película, pero al menos se puede suscitar un debate político». Frente a las guerras, las tensiones geopolíticas y las amenazas que pesan sobre la democracia — nuestro bien máspreciado—, este poder del cine es esencial. Es gracias a este debate provocado por el cine como haremos emerger en nuestras sociedades, en nuestros hijos, esos futuros adultos, el gusto por la experiencia colectiva, la solidaridad y la resistencia.

La capacidad de Europa para contar sus propias historias está, sin embargo, amenazada. La mayoría de las producciones cinematográficas y audiovisuales visionadas en Europa son producidas fuera del continente. Las plataformas mundiales ejercen una influencia creciente sobre la visibilidad y la accesibilidad de las obras, y sobre los propios relatos. Al mismo tiempo, el sector se enfrenta a las transformaciones estructurales que suponen los cambios en los modos de «consumo» de la cultura, el descenso de la asistencia a las salas, el auge de la inteligencia artificial y una competencia global íntimamente ligada a la situación geopolítica.

Hoy, la Comisión Europea prepara el futuro del programa MEDIA, con el proyecto AgoraEU, pero también de numerosas normativas que han permitido al cine europeo prosperar, exportarse y proyectar nuestra voz común.

EL CINE NECESITA A EUROPA, EUROPA NECESITA AL CINE

Ha llegado el momento de escribir el próximo capítulo de esta historia, con una ambición a la altura de los desafíos a los que nos enfrentamos: el futuro de la democracia y del cine, ambos nacidos en Europa, están íntimamente ligados. Cada vez que abre una sala de cine, la democracia avanza.

Nosotros, profesionales del cine, ciudadanas y ciudadanos, cinéfilos, solicitamos solemnemente a la Comisión Europea, al Parlamento Europeo y a los Estados miembros que protejan la integridad del programa MEDIA y refuercen los medios financieros de esta herramienta preciosa y vital. No hay valores comunes, no hay democracia, no hay soft power europeo, sin la creación artística.